

*Requies animalibus*

# Sin camino a casa

Paulina Rivero Weber

*Transcurrió muy poco tiempo entre que el ser humano inventó el hacha y la bomba de hidrógeno, y no pasó entre ambos hechos el tiempo necesario para acoplar las nuevas capacidades agresivas de la especie a nuevos mecanismos inhibidores. El resultado es un monstruo devastador que agrede a sus semejantes y violenta a los demás seres. ¿Hay manera de controlar la violencia humana?*

*Ya entrada la noche en los acantilados,  
el rey Lear le preguntó al ciego conde de Gloucester  
¿Cómo ves el mundo? Y el ciego respondió: lo veo sintiéndolo.  
¿Y no acaso así debiéramos verlo todos?*

PHILIP WOLLEN<sup>1</sup>

Cuando el antropólogo Paul Ekman reveló al Dalai Lama la consideración darwiniana de la compasión hacia todos los seres sintientes, el traductor, sorprendido, detuvo la plática y pidió que le repitieran lo que acababa de escuchar.<sup>2</sup> Ekman expuso cómo en *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*,<sup>3</sup> Darwin explica el origen de la compasión (que él llamaba *sympathy*)<sup>4</sup> y

<sup>1</sup> Philip Wollen, "Animals Out Of The Menu", conferencia dictada en el Ethics Center de Sydney, Australia, el 30 de mayo de 2012. Puede escucharse completa en [www.youtube.com/watch?v=uQCe4qEexjc](http://www.youtube.com/watch?v=uQCe4qEexjc).

<sup>2</sup> Paul Ekman, "Darwin's Compassionate View of Human Nature" en *The Journal of American Medical Association* (JAMA), febrero de 2010, 303 (6):557-558. Se puede consultar en <http://jama.ama-assn.org/cgi/content/full/303/6/557>.

<sup>3</sup> Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, Penguin, New York, 2004, capítulo IV.

<sup>4</sup> Ekman aclara: "Today would be termed empathy, altruism, or compassion".

describe cómo algunos animales humanos y no humanos se ayudan mutuamente en casos de necesidad. El heroísmo hacia los extraños, dice Darwin, no es propio únicamente del ser humano:

La compasión más allá de los límites del ser humano, que es el humanitarismo para con los animales inferiores, parece ser una de las últimas adquisiciones morales [...] Esta virtud [la preocupación por los animales inferiores], una de las más nobles con las que el ser humano está dotado, parece por cierto surgir de nuestra compasión cada vez más sensible y más ampliamente difundida, hasta que se extiende a todos los seres sintientes.<sup>5</sup>

Lo que resultó sorprendente para el traductor fue que Darwin usara una expresión clave del budismo: ser

<sup>5</sup> Charles Darwin, *op. cit.* La traducción es mía; en el original se lee: "Sympathy beyond the confines of man, that is humanity to the lower animals, seems to be one of the latest moral acquisitions... This virtue [concern for lower animals], one of the noblest with which man is endowed, seems to arise incidentally from our sympathies becoming more tender and more widely diffused, until they extend to all sentient beings".

*sintiente*.<sup>6</sup> En efecto, Charles Darwin tuvo la capacidad de ir más allá de su tiempo y dejar de hablar de seres pensantes o seres racionales, para comenzar a hablar de seres *sintientes*. Porque común a todos es el sentir: somos seres que, pensemos o no, razonemos o no, sentimos. Por ello el placer y el dolor, las dos formas más básicas que permean la existencia, lo viven por igual los animales humanos o no humanos.

Sin embargo, parecería que la capacidad de razonar nos alejó de la capacidad de sentir, hasta convertirnos en el peor depredador del planeta y sus habitantes, y en el más cruel de los asesinos para con nuestra propia especie. La violencia que a diario conocemos, en el mejor de los casos a través de las noticias, es algo muy diferente a la agresión propia de los animales. ¿Qué es la agresión? Sin tomar partido, ni hacer menor la incuestionable aportación de Niko Tinbergen a la etología, deseo retomar el análisis sobre la agresión que Konrad Lorenz llevó a cabo en su ya clásico *La agresión, el pretendido mal*, donde la define de modo general como “el instinto que lleva al hombre o al animal a combatir contra los miembros de su misma especie”. A Lorenz le interesaba explicar la agresión contra la propia especie, y no la agresión entre especies diferentes.

Lorenz considera que, como instinto que es, en condiciones naturales la agresión juega un papel importante en la conservación de la vida y de la especie. Los animales agreden a miembros de su propia especie y, contrariamente a la imagen hollywoodense, en situaciones normales es difícil encontrar un animal que agreda a otro de una especie diferente. A quien pregunte: “¿Y cuando cazan, no agreden?” Lorenz da una respuesta: agredir no es lo mismo que cazar. El acto de cazar no responde al instinto de agresividad, sino al de alimentación y a la práctica del mismo: el león no es agresivo cuando ataca, ni el perro cuando caza al pato; de hecho, dice Lorenz, están felices, como lo muestran ahora maravillosas fotografías. Para tener esto claro hablemos de lo que el padre de la etología llama “los cuatro grandes instintos”: alimentación, reproducción, agresión y huida. Esos cuatro, como cualquier instinto, tienen una causa: algo los ocasiona y son las causas las que nos explican el instinto. Cazar para alimentarse tiene como causa el instinto de alimentación para preservar la existencia. Agredir a

otro ser de la propia especie tiene causas diferentes y Lorenz enuncia al menos cuatro:

1) *Territorialidad*. Gracias a la agresión el más apto se queda con el mejor territorio, en donde se encuentra su alimento.

2) *Reproducción*. Gracias a la agresión el más apto se queda con la o las hembras y es el que procrea, lo cual es bueno para la supervivencia de la especie, pues se tendrán hijos más aptos.

3) *Distribución*. También por la agresión la especie se distribuye fuera de los límites en donde se torna peligrosa; con ello toda la especie gana, pues al distribuirse crece y compite menos por el alimento y el territorio.

4) *Jerarquía social*. La agresión también impone una jerarquía social, en la que se eligen los más aptos como alfa.

Claramente no dije “el más fuerte” sino el más apto, que es expresión de Lorenz. Él pone como ejemplo de ello el caso de los babuinos, entre quienes los jefes son un consejo de ancianos a veces desdentados, que si bien carecen de fuerza conocen las claves para huir del



Grupo de cazadores, Cueva de Altamira, España

<sup>6</sup> Paul Ekman, *op. cit.* Para Ekman las ideas darwinianas sobre la compasión no tienen su nacimiento en su contacto con el budismo: “The remarkable similarity between Darwin’s and the Buddhist view of the highest moral virtue (all sentient beings), and the origins of compassion (both attribute it to reducing one’s own empathetic distress, and both note it is strongest in a mother’s feelings toward her infant) raises the possibility that Darwin might have derived his views from Buddhist writings. However, the origin of Darwin’s ideas on morality and compassion appear in his 1838 notebooks, years after his return from the voyage of the Beagle, when Darwin was 29 years old, 5 years before he was to learn about Buddhism from his close friend J. D. Hooker” (subrayado mío).



Bisontes, Cueva de la Covaciella, España

peligro. Independientemente de ello, lo que importa resaltar aquí es que el objeto de la agresión entre una misma especie no es la aniquilación del combatiente, sino competir para lograr lo que el resto de la propia especie quiere: el mejor territorio y comida, las mejores hembras para reproducirse y la jerarquía social.

Pero ya que la agresión descontrolada acabaría con la especie o la pondría en riesgo, la evolución diseñó una serie de mecanismos para frenarla. Un buen ejemplo lo proporcionan dos alces que se perciben amenazantes el uno para el otro. Pueden adoptar posturas sumisas y continuar cerca. Pero si la sensación amenazante crece, el instinto de agresión impulsa a matar. Entonces surgen mecanismos especiales inhibidores de la agresión.<sup>7</sup> En *El anillo del rey Salomón* Lorenz considera que “las inhibiciones que impiden la muerte de un congénere tienen que ser más fuertes y seguras en las especies que cazan y cuentan para ello con armamentos suficientes para matar con rapidez”; como veremos, esta es una idea capital para la ética y por lo pronto la dejo apuntalada: los impulsos inhibidores de la agresión son proporcionalmente fuertes y constantes de acuerdo al daño que un animal es capaz de realizar. Así, en los lobos y en los leones, que tienen garras y mandíbulas muy fuertes, son

<sup>7</sup> Una clave es que un macho nunca agrede a una hembra, a no ser que las circunstancias hayan sido ya muy deterioradas previamente y hayan afectado al animal.

necesarios mecanismos de inhibición muy seguros y de funcionamiento constante, que no varíen según el humor del individuo: de otra manera cualquier molestia culminaría en la muerte de sus congéneres y la especie se terminaría extinguiendo.

Los mecanismos que inhiben la agresión suelen ir acompañados de ademanes de sumisión y apaciguamiento. Son formas de decir: “no vamos a hacernos daño”. Entre esos mecanismos Lorenz resalta diversos procesos de ritualización, pues en efecto dichos mecanismos inhibidores de la agresión crean ritos. Uno de los más conocidos por nosotros es, por ejemplo, el gesto del perro que se echa con el vientre hacia arriba y la cabeza hacia atrás, mostrando la yugular y sus partes más vulnerables al enemigo. Pero algunos rituales, como el de apareamiento, llegan a ser muy complejos, al grado en que cobran fuerza propia y, para Lorenz, crean nuevos instintos. A través de sus rituales los animales inhiben la propia agresividad y la de su contrincante, y esto conduce un triple logro: 1) comunican algo al contrincante; 2) controlan la agresión; 3) forman un vínculo. Esa triple función impide conflictos entre los miembros de un grupo.

Todo grupo humano depende de esas tres funciones para permanecer unido. Los seres humanos hemos hecho rituales para no agredirnos, y los hemos denominado “buena actitud”, “buenos modales” o “buenas costumbres”: saludar, caminar de cierto modo, mirar de

cierto modo y seguir en general las costumbres establecidas. Estas se determinan por la ritualización cultural y caracterizan a cada grupo: de ahí que varíen de un grupo social a otro. Sus funciones son inhibir el instinto de agresión y formar un lazo común. Esa ritualización cultural crea, como ya señalé, nuevos instintos que llegan a ser autónomos: tan autónomos como lo puede ser cualquiera de los llamados “grandes instintos”, y son ellos los que se van a oponer a la agresión contra seres de la propia especie, desviando la agresión por canales no perjudiciales y frenando los daños que pudiera causarle a la especie. De modo que estos instintos ritualizados se enfrentan victoriosamente a la agresión, sin debilitarla, pues sería malo para la especie.

De ese mismo modo es como se produce el apego, que Lorenz llega a llamar abiertamente el enamoramiento. Lo natural al interior de una misma especie es la agresión; lo natural es que un animal defienda su territorio porque al hacerlo defiende su comida. Pero a la vez necesita reproducirse para la supervivencia. ¿Cómo lograr que dos seres violentos que de manera natural se quieren agredir acepten convivir en un lugar estrecho de manera constante sin agredirse? ¿Qué misterio esconden dos seres para convivir en paz en un pequeño lugar? Para que una pareja lograra unirse en un nido y procrear se requería algo que disminuyera la agresividad natural. Esto se logra gracias a la reorientación de un movimiento de agresividad a través de rituales, para lo cual la pareja puede ser heterosexual u homosexual.<sup>8</sup> Gran parte de los rituales reproductivos poseen características similares a los de agresión, pero desvían la agresión hacia otro elemento. Ya no se agrede a la pareja sino a otro ser de la especie o incluso a algo inanimado. Es como decir “mírame, soy fuerte, pero a ti no te haré daño y confío en ti”: es entonces cuando se crea el vínculo que puede transformarse en un vínculo amoroso.<sup>9</sup> De este modo la naturaleza se encarga de que se sigan los ritos establecidos, pues su finalidad es que se logre convivir en sociedad. Todos esos ritos y costumbres pueden quebrantarse, ofendiendo con ello a los de la propia especie y provocando cólera y hostilidad. Esto obliga a los participantes de un grupo a observar las normas prescritas.

<sup>8</sup> Es del todo falso que la homosexualidad en los animales exista solamente en cautiverio, como suele creerse. De hecho las parejas de gansos libres homosexuales son las más amorosas y poderosas, pues no hay quien se atreva a enfrentar el poder de dos fuertes machos, como lo comprobó Lorenz.

<sup>9</sup> Ese ritual previo al apareamiento tiene como finalidad precisamente comunicar a la pareja que no se le hará daño para poder construir el nido y procrear. Lorenz piensa que esto debió de haber surgido en el periodo cretáceo superior, en el cual había dinosaurios, los cuales necesitaban también reproducirse y, por lo mismo, que menguara la agresión contra un animal de su propia especie. Con el paso de los milenios la ceremonia termina convirtiéndose en un fin en sí mismo y cada aspecto de esos ritos terminan llevándose a cabo de manera necesaria porque se convierten en un instinto.

El que no lo hace, el no conformista que rompe las reglas establecidas, es rechazado como extraño.

Pero, un momento: ¿ese seguir las reglas impuestas no es acaso precisamente lo que nosotros llamamos “moral”? ¿Tienen moral los animales? Hoy en día etólogos como Franz de Waal<sup>10</sup> han dedicado su obra a este tema, para fundamentar la idea ya darwiniana de que nuestra moral es la evolución de lo que consideran vestigios de la moral en los animales o “pautas de comportamiento moral”. Pero, ¿por qué llamarlos “vestigios” o “pautas”? Si por moral entendemos costumbres elevadas a normas inquebrantables, todos los ejemplos estudiados y citados por Lorenz o De Waal parecen corroborar que los animales tienen moral: tienen un conjunto de normas inamovibles que les permiten convivir en sociedad, y que si son quebrantadas, el no conformista sufre consecuencias. ¿No nos es familiar acaso esa idea de la moral? Los animales tienen una moral natural: lo que no tienen es la capacidad de cuestionar las normas que les rigen, como sucede en el caso de la gansa Martinica, famosa por el lugar que Lorenz le dio en su vida y las ideas que provocó en su obra.

Lo anterior me parece de capital importancia y quiero detenerme en esta idea que, debo aceptar, es cuestionable: considero que los animales tienen una moral natural, pero que no tienen ni necesitan tener ética. Y no la necesitan porque su moral natural, instintiva, es funcional, cosa que por cierto hubiera interesado a Nietzsche; los animales no tienen ética porque no la requieren: tienen una moral funcional instintiva y sana. Paradójicamente, el ser humano dejó esa sana moral animal y estableció normas que resultaron incongruentes con la vida. Al cobijar la razón frente al instinto, se expulsó a sí mismo del paraíso y ahora trata de recuperar el equilibrio perdido de diferentes formas. Una de ellas es a través del uso de la razón, como lo hacemos ahora al escribir o al leer. Otra diferente es considerar a la razón como una especie de enfermedad mental y despojarse de ella a través del sosiego de la mente, como lo hacen los budistas y algunas tradiciones daoístas. La realidad es que de una u otra forma estamos tratando de encontrar el camino a casa: hemos perdido el paraíso, nos expulsamos de él y ahora penamos buscando el regreso a casa.

¿Qué sucedió? ¿Cómo llegamos a esta locura? Hemos detenido las migraciones de millones de animales por medio de vallas o molinos en los aires; con enormes redes en los océanos estamos acabando con la migración de cientos de especies y exterminamos otras tantas; con murallas en vastas extensiones de tierra hemos bloqueado sus caminos. ¿Qué nos llevó a creernos dueños del cielo, de los océanos, del mundo entero para lue-

<sup>10</sup> Franz de Waal, *Good Natured, The Origins of Right and Wrong in Humans and Other Animals*, Library of Congress Cataloging, USA, 1996.

go destrozarlo de esta manera? Heidegger piensa que la situación actual, que hoy sabemos que es resultado del antropocentrismo, es responsabilidad de la filosofía, y Nietzsche podría haber estado de acuerdo. Y quizás a su pesar Konrad Lorenz complementa desde la etología esa misma idea: él piensa que el problema radica en que el ser humano modificó demasiado rápido sus condiciones de vida, y por lo mismo la agresión, tanto como otros instintos, tuvieron consecuencias desastrosas. Pero esto no se debe a que la agresión sea un mal, sino a que cualquier instinto puede tener esas terribles consecuencias cuando se modifican las condiciones de vida tan rápidamente.

En pocas palabras, la tesis de Lorenz es que el ser humano modificó su capacidad para agredir, sin contar con los mecanismos de inhibición necesarios para un animal con armas de la magnitud de aquellas que hemos creado. Habíamos dejado anotado que en *El anillo del rey Salomón* Lorenz consideró que las inhibiciones que impiden la muerte de un congénere tienen que ser más fuertes y seguras en las especies que cazan y cuentan para ello con armamentos suficientes para matar con rapidez, como es el caso del león y el lobo, quienes por tener semejantes colmillos, garras y fuerza, cuentan también con los mecanismos de inhibición de la agresividad

del mismo nivel. *El ser humano no requería de mecanismos de inhibición fuertes porque era un omnívoro*, sin grandes garras ni mayor fuerza mandibular como para morder y devorar animales. Para no dañar a miembros de su propia especie, bastaban mecanismos inhibitorios de agresión propios de un ser casi herbívoro. Pero transcurrió muy poco tiempo entre inventar el hacha y la bomba de hidrógeno: no transcurrió el tiempo necesario para acoplar las nuevas capacidades agresivas a nuevos mecanismos inhibidores. El resultado es un monstruo devastador que agrede a sus semejantes y violenta a todos los demás seres. Por eso la agresión del ser humano contra otros seres humanos es el resultado del alejamiento de la moral natural: al no contar con mecanismos inhibitorios adecuados, lastima a los de su propia especie.

Pero la violencia —ya no sólo la agresión— que ejerce contra seres de especies diferentes, que es aun más paradójica, puede considerarse un signo de enfermedad mental. La violencia constante, indiscriminada y cotidiana hacia otros seres simplemente no tiene una explicación evolutiva coherente: responde a una decadencia producida por el alejamiento de la moral natural, perdida en beneficio de la moral racional y de la ética. Somos, como decía Nietzsche, una demente y triste bestia a la que se le han ocurrido las cosas más estúpidas



Cazador, Cueva de Lascaux, Francia

porque se nos ha prohibido ser bestias de acción: “¡Oh demente y triste bestia hombre! —¡Qué ocurrencias tiene, qué cosas antinaturales, qué paroxismo de lo absurdo, que bestialidad de la idea aparecen tan pronto como se le impide, aunque sea un poco, ser bestia de acción!”.<sup>11</sup>

Al reprimir la moral natural enfermamos, porque los grandes instintos tanto como los pequeños movimientos instintivos requieren ejercitarse, pues si se reprimen ocasionan una catástrofe. Primeramente, dice Lorenz en su citado estudio sobre la agresión: “un comportamiento instintivo no ejecutado durante mucho tiempo hace bajar el valor liminal de los estímulos que lo desencadenan”. Y el descenso del umbral de los estímulos puede llegar a cero, lo que “inquieta al animal y lo hace buscar los estímulos que lo desencadenan”. Al igual que la paloma encerrada hace su ritual de apareamiento a una pared, al igual que un animal enloquecido en una jaula, el ser humano que ya no realiza los viejos rituales instintivos de la moral natural yerra y enloquece entre conceptos abstractos y ciudades de concreto. *Somos, diría yo, seres en el cautiverio de la razón, seres inquietos que buscamos estímulos artificiales para ejercer la acción y la agresividad, pues hemos perdido los estímulos naturales.*

Desde esa perspectiva es impactante la inaudita impiedad de encerrar de por vida a un animal simplemente para poder verlo, como sucede en los zoológicos. Desde esa perspectiva es igualmente impactante el sadismo de la tauromaquia en todas sus brutales variantes. Pero también desde esa perspectiva se explica la indolencia, ese auténtico no sentir dolor por la vida de otros seres que sí lo sienten. Estamos enfermos: nuestras diversiones son tan sólo el síntoma de ese buscar estímulos para desahogar la agresión natural que ya no puede seguir su cauce, aquella agresión tan confiable antaño como perdida ahora.

Si esa enfermedad tan sólo violentara a la humanidad, bien podría ya autoaniquilarse para el beneficio del mundo. Pero el poder de la razón no lo permite, y continuamos en un crecimiento peligrosamente proporcional a la depauperación del planeta. El eterno Treblinka de los animales para consumo humano supera, como lo vio el escritor judío Isaac Bashevis Singer, cualquier pesadilla humana. Animales prisioneros de por vida, animales torturados, aniquilados, humillados, burlados... La violencia contra aquellos que Darwin llamó “los seres sintientes” no tiene fin.

Lorenz cree que la razón nos guiará a una buena salida. A mí me parece más bien un *wishful thinking*, un deseo lamentablemente infundado ante la evidencia. La realidad es que justificamos la violencia a través del uso de una razón, ese mal necesario para quienes se



Bisonte, Cueva de Altamira, España

expulsaron del paraíso. Parece pues que hicimos un mal negocio: abandonamos la moral natural para hacer crecer las capacidades racionales que ahora nos hacen ver el error que cometimos al abandonar la moral natural.

¿Hay camino de regreso a casa? Debemos al menos intentarlo. Ya no podemos confiar en la moral natural, pues la hemos perdido y lo poco que queda de ella no es funcional para el ser que somos. De ahí que la ética, entendida como el cuestionamiento racional de las costumbres, sea necesaria como un posible camino diferente al de la moral natural, que nos ha quedado vedado. Lorenz considera que nos expulsamos del Edén cuando no estábamos listos para hacerlo. Pero, ¿hay acaso algún momento en el que se esté listo para ser expulsado del Edén? ¿Querría alguien ser expulsado del Edén? Sócrates respondería afirmativamente, pues para él la vida sin un examen filosófico no es digna de ser vivida. Sócrates no encuentra dignidad alguna en el Edén de la animalidad, sino en el pensamiento racional que nos alejó de ellos.

A este mundo nos ha conducido ese socrático afán: que cada quien juzgue por sí mismo si valió la pena el sueño de la razón, o si terminó convirtiéndose en una pesadilla. Nuestra gran paradoja es que la ética resulta necesaria para racionalmente intentar aquello que poseíamos antes de ser racionales: la capacidad de vivir y dejar vivir. Como bien lo dijo Nietzsche: “¡Oh demente y triste bestia es el hombre! — ¡Qué ocurrencias tiene, qué cosas tan antinaturales se le ocurren tan pronto como se le impide ser bestia de acción!”.<sup>12</sup> **U**

<sup>11</sup> Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 2002.

<sup>12</sup> He parafraseado libremente la cita ya mencionada de *La genealogía de la moral*.